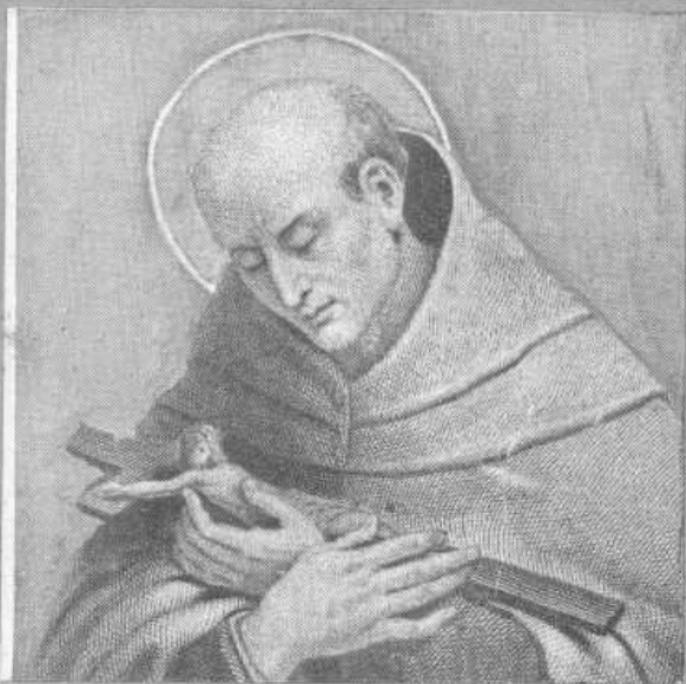


POESIAS

BIBLIOTECA
ALMA



POESIAS ESCOGIDAS
DE
SAN JUAN DE LA CRUZ

SAN JUAN DE LA CRUZ

POESÍAS ESCOGIDAS



BIBLIOTECA ALMA

VOLUMEN III

MADRID, 1927

UNIVERSIDAD DE MADRID

POESÍAS ESCOGIDAS



AMÉRICA

MADRID.— IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA

PRÓLOGO

TAMBIÉN LAS MARIPOSAS CONTEMPLAN A LAS ÁGUILAS...

*Dedico a la «Biblioteca Alma»—
ensalzadora de nuestras glorias
más puras—este breve aleteo que la
mariposa de la ilusión se atrevió a
trazar en torno a la llama de unos
poemas inmortales...*

El año huyó. Se llevó la mejor parte del centenario franciscano. Deja tras sí una admirable cosecha. La pluma, el pincel, la palabra, han rivalizado. Todos anhelaron poseer la nitidez de Fra Angélico para añadir algunas estrofas al poema trazado por los siglos en homenaje al Santo. Para honrarle mejor recolectaron en racimos todo lo que él amaba: la luz del sol, la canción del agua, la alegría del fuego, la pródiga belleza del universo. Al conjuro de su figura sentimos perfeccionarse en nosotros aquel juvenil embeleso que le prendía a él frente a las más humildes manifestaciones de la vida.

Pero ha resonado ahora otro nombre, gigantesco también en la historia de las almas. Y hemos olvidado las palomas, los pájaros, las flores y la hermandad de la creación para mirar arriba, sobre el azul del cielo, al águila, embriagada de sol, que pasa en un desdén magnífico de todo lo caduco.

Ha callado el arrullo de la tórtola... Se han apagado los clamores de la Naturaleza. Reina el silencio en la lira humana. Silencio en las aguas, silencio en los cielos... Silencio interior, islote místico en cuya roca todos los ruidos se quiebran. En la soledad implacable del desprendimiento, en la «soledad sonora» del éxtasis, cruza dominante el espíritu de San Juan de la Cruz.

Si España sintiera el resorte del entusiasmo italiano, debería ponerse en pie para saludar sus mejores alas heráldicas. Se reconocería en ellas. En los dos santos universales ha fructificado la savia de dos razas. Son dos cimas del pensamiento y de la vida peninsular. Dos caminos—¡tan diversos!—que conducen al mismo punto. Los agiganta el contraste.

Imposible negar a San Francisco una mayor simpatía mundial. También Italia, más femenina,

más suave, brinda encantos a todos los espíritus. Es atrayente su misticismo. Nutrida en el culto de la armonía y del orden, culto de la forma y de la belleza plástica, sabe esmaltar a los pies de sus «Madonnas» y del «Bambino» que sonríe las flores del prado, las hierbas silvestres, los corderillos, los cortejos de vírgenes y mártires, y logra destacar el conjunto sobre un fondo de paisaje o de bellas arcadas. En cualquiera de sus impulsos guarda la euritmia legada por las musas clásicas. Cuando uno de sus hijos sube a las cimas, se llama Francisco de Asís, y es el juglar de Dios que entre viñedos y olivares va improvisando melodías, llamando hermanas a las criaturas que revolotean en torno suyo como la bandada de gorriones...

En el corazón de las Españas, Juan de la Cruz camina solo, absorto y ensimismado. Castilla subyuga a los que se acercan a su intimidad. Pero ni vende ni publica sus gracias. Consciente de su grandeza, guarda una altivez de gran señora. Hijo suyo y predilecto es éste, hijo de sus paisajes contemplativos, que conocen el beso supremo del cielo y de la tierra en la linde del infinito. Lo ha forjado a su imagen y semejanza. Viril, ambicioso, aventurero del espíritu, reflejará su alma

las grandes estepas, las inmensidades desiertas, despreciativas de lo accesorio, que son un grito de pasión hacia la síntesis. No se detendrá para acariciar la hermosura del mundo exterior. No llamará a las criaturas ni para hacer de ellas la escala que llega al Creador. Volará sobre su pequeñez. Todo lo que es criatura le parecerá limitado. Y, sin mirarlo siquiera, cruzará los bienes del cielo y de la tierra armado del lema: «Nada, nada, nada, nada... ¡Y en el monte, nada!»

No, no puede ser Juan de la Cruz un santo popular ni en su misma Patria. Ha ido demasiado lejos, demasiado alto. Nunca ha querido planear descendiendo. La misma reformadora del Carmelo, a un tiempo mística y práctica, sonreía a veces ante este olvido total de lo humano. Juan de la Cruz vive en otro mundo. Acercarse a él es oír el fragor del Sinaí, es aproximarse al misterio de la zarza ardiente. Solitario que se asentó en las cumbres del pensamiento, no ha querido derramarse; nos ha dejado, en su desdén por el «yo», escasos panoramas de lo que era el latido de su vida interior. Su cruz, su desnudez, asustan. Un apasionado de los místicos le ha llamado lirio al rojo, forjado en hierro como el lis heráldico que sella-

ba de antiguo los miembros de los condenados a galeras. Pero ¡cuán suave es la miel que dejaron las abejas en una grieta de roca! ¡Qué ternura la que descubre el corazón del gran contemplativo cuando el amor le arranca un gemido de los que traicionan! La poesía franciscana, tan desbordante, henchida de vida y de gracia, semeja infantil allí donde la lira concentrada de nuestro poeta clama pasionalmente en las tinieblas de una cárcel cruel o en las más terribles del espíritu:

¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?...

Con una intensidad única desgranán las estrofas del «Cántico» las llamadas, la angustia, el gozo, los anhelos del amor divino, que en otros cantos han rasgado la austeridad penitencial deshechos en exclamaciones inefables:

¡Oh noche que guiaste,
¡oh noche amable más que la alborada!
¡Oh noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!

En esta cima suprema de la unión, las dos grandes figuras se escuentran. «In foco d'amor mi mise

—El mio Sposo novello...», viene murmurando el asiense. Y le hace eco el castellano: «¡Oh, llama de amor viva—qué tiernamente hieres!...»

Ambos han llegado allí por ese camino de despojo que guarda rastros sangrientos. El primer impulso del corazón va a San Francisco. Quizá porque la ilumina su alegría se nos antoja su ruta más fácil. Nos juzgaríamos dichosos en su compañía de juglares. Deshojaríamos tras él las rosas sin espinas. Como una invitación a la paz repetiríamos gozosos con la hermosura de la tierra su himno al hermano sol. ¡Estamos por pedirle asilo en su choza florida, un poco olvidados de las llagas que le crucifican vivo!

Y, sin embargo, algo muy ambicioso, tal vez un atavismo de raza, nos hace olvidarlo todo—hasta el culto de la forma—cuando el águila pasa. Es el amor de la idea pura, sin ruido de palabras, el ansia de liberación de los límites, hambre de espacio y sed de cielo», un afán de las alas, que quisieran remontarse a lo que el oído no oyó, ni los ojos vieron. «Nada, nada, nada...» de lo que ata y limita. Pero para llegar a la libertad suma del espíritu: «Ya por aquí no hay camino—que para el justo no hay ley.»

¡Dichosas las águilas, acuchillados plumajes de acero que cortan esa altura de cielo sin quebrarse! Nuestras alitas tiemblan de deseo al verlas surcar el infinito, más allá de las nubes...

Quisiéramos seguir las sin cansancio. Tal vez la ambición racial nos impulsaría a acometer la aventura, si no fuesen tantas en el jardín de la vida las flores que atraen nuestros vuelos, y si no nos tornase a la realidad con su romántica ironía el epitafio apenas grabado: «Era una mariposa... ¡y voló sobre el mar!»

CRISTINA DE ARTEAGA.

CANCIONES ENTRE EL ALMA
Y EL ESPOSO

ESPOSA

¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y ya eras ido.

Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas;
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.

¡Oh bosques y espesuras,
plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras,

de flores esmaltado,
decid si por vosotros ha pasado!

CRIATURAS

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura.

ESPOSA

¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero;
no quieras enviarme
de hoy más ya mensajero,
que no saben decirme lo que quiero.

Y todos cuantos vagan,
de ti me van mil gracias refiriendo,
y todos más me llagan,
y déjame muriendo
un no sé qué que quedan balbuciendo.

Mas ¿cómo perseveras,
¡oh vida!, no viviendo donde vives,
y haciendo por que mueras,

las flechas que recibes,
de lo que del Amado en ti concibes?

¿Por qué, pues has llagado
a aqueste corazón, no le sanaste?

Y pues me le has robado,
¿por qué así le dejaste,

y no tomas el robo que robaste?
Apaga mis enojos,

pues que ninguno basta a deshacellos,
y véante mis ojos,

pues eres lumbre de ellos,
y sólo para ti quiero tenellos.

Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura;

mira que la dolencia
de amor, que no se cura

sino con la presencia y la figura.
¡Oh cristalina fuente,

si en esos tus semblantes plateados
formares de repente

los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados!

Apártalos, Amado,
que voy de vuelo.

ESPOSO

Vuélvete, paloma,
que el ciervo vulnerado
por el otero asoma,
al aire de tu vuelo, y fresco toma.

ESPOSA

Mi Amado, las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las insulas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos.

La noche sosegada
en par de los levantes de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena, que recrea y enamora.

Cazadnos las raposas,
que está ya florecida nuestra viña,
en tanto que de rosas

hacemos una piña,
y no parezca nadie en la montaña.

Detente, cierzo muerto;
ven, austro, que recuerdas los amores;
aspira por mi huerto,
y corran tus olores,
y pacerá el Amado entre las flores.

¡Oh ninfas de Judea,
en tanto que en las flores y rosales
el ámbar perfumea,
morá en los arrabales,
y no queráis tocar nuestros umbrales!

Escóndete, Carillo,
y mira con tu haz a las montañas,
y no quieras decillo;
mas mira las campañas
de la que va por isulas extrañas.

ESPOSO

A las aves ligeras,
leones, ciervos, gamos saltadores,
montes, valles, riberas,

aguas, aires, ardores
y miedo de las noches veladores.

Por las amenas liras
y cantos de sirenas os conjuro
que cesen vuestras iras
y no toquéis al muro,
por que la Esposa duerma más seguro.

Entrádose ha la Esposa
en el ameno huerto deseado,
y a su sabor reposa,
el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del Amado.

Debajo del manzano
allí conmigo fuiste desposada,
allí te di la mano,
y fuiste reparada
donde tu madre fuera violada.

ESPOSA

Nuestro lecho florido,
de cuevas de leones enlazado,
en púrpura tendido,

de paz edificado,
de mil escudos de oro coronado.

A zaga de tu huella,
los jóvenes discurren al camino
al toque de centellas,
al adobado vino,
emisiones de bálsamo divino.

En la interior bodega
de mi Amado bebí, y cuando salía
por toda aquesta vega,
ya cosa no sabía,
y el ganado perdí que antes seguía.

Allí me dió su pecho,
allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
y yo le dí de hecho
a mi sin dejar cosa;
allí le prometí de ser su esposa.

Mi alma se ha empleado,
y todo mi caudal, en su servicio;
ya no guardo ganado,
ni ya tengo otro oficio;
que ya sólo en amar es mi ejercicio.

Pues ya si en el ejido
de hoy más no fuere vista ni hallada,
diréis que me he perdido,
que, andando enamorada,
me hice perdidiza y fui ganada.

De flores y esmeraldas
en las frescas mañanas escogidas,
haremos las guirnaldas
en tu amor florecidas,
y en un cabello mío entretejidas.

En sólo aquel cabello
que en mi cuello volar consideraste,
mirástele en mi cuello,
y en él preso quedaste,
y en uno de mis ojos te llagaste.

Cuando tú me mirabas,
su gracia en mí tus ojos imprimían;
por eso me adamabas,
y en eso merecían,
los míos adorar lo que en tí vian,

No quieras despreciarme,
que si color moreno en mí hallaste,

ya bien puedes mirarme,
después que me miraste;
que gracia y hermosura en mí dejaste.

ESPOSO

La blanca palomica
al arca con el ramo se ha tornado,
y ya la tortolica
al socio deseado,
en las riberas verdes ha hallado.

En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.

ESPOSA

Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte y al collado,
do mana el agua pura;
entremos más adentro, en la espesura.

Y luego a las subidas
cavernas de las piedras nos iremos,
que están bien escondidas,
y allí nos entraremos,
y el mosto de granadas gustaremos.

Allí me mostrarías
aquello que mi alma pretendía,
y luego me darías
allí tú, vida mía,
aquello que me diste el otro día.

El aspirar del aire,
el canto de la dulce Filomena,
el soto y su donaire,
en la noche serena,
con llama que consume y no da pena.

Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecía,
y el cerco sosegaba,
y la caballería
a vista de las aguas descendía.

CANCIONES

En que canta el alma la dichosa ventura que tuvo en pasar por la obscura Noche de la Fe en desnudez y purgación suya a la unión del Amor.

En una noche obscura
con ansias en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!
sali sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.

A obscuras y segura,
por la secreta escala disfrazada,
¡Oh dichosa ventura!
a obscuras, en celada,
estando ya mi casa sosegada.

En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,

sin otra luz, ni guía,
sino la que en el corazón ardía.

Aquesta me guiaba
más cierto que la luz de mediodía,
adonde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.

¡Oh noche, que guiaste!
¡Oh noche amable, más que el alborada!
¡oh noche, que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!

En mi pecho florido,
que entero para él solo se guardaba,
allí quedó dormido,
y yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba.

El aire de el almena,
cuando ya sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cuello hería,
y todos mis sentidos suspendía.

Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

CANCIONES QUE HACE EL ALMA
EN LA INTIMA UNION DE DIOS

¡Oh llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquivia,
acaba ya, si quieres,
rompe la tela de este dulce encuentro.

¡Oh cauterio suave!
¡oh regalada llaga!
¡oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,
que a vida eterna sabe,
y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.

¡Oh lámparas de fuego,
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido,
que estaba obscuro y ciego,
con extraños primores
calor y luz dan junto a su querido!

¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno,
donde secretamente solo moras;
y en tu aspirar sabroso
de bien y gloria lleno
cuán delicadamente me enamoras!

ANSIA EL ALMA ESTAR CON CRISTO

Del agua de la vida
mi alma tuvo sed insaciable;
desea la salida
del cuerpo miserable,
para beber de esta agua perdurable.

Está muy deseosa
de verse libre ya de esta cadena;
la vida le es penosa
cuando se halla ajena
de aquella dulce patria tan amena.

El mal presente aumenta
la memoria de tanto bien perdido.
el corazón revienta
con gran dolor herido
por verse de su Dios desposeído.

Mas ¿quién podrá con pluma
contar los bienes de la patria nuestra?
¿cómo se hará una suma

o se dará una muestra
clara de lo que Dios guarda en su diestra?

Allí los edificios
con piedras vivas son edificados;
sin golpes ni bullicios
son hechos y labrados,
de piedras muy preciosas cimentados.

Los techos resplandecen
más que el oro de Arabia, claro y fino;
los asientos parecen
de un vidrio cristalino
compuestos por un orden muy divino.

De margaritas todo
está sembrado aquel santo palacio;
por soberano modo
aquel tan ancho espacio
alumbra más que el muy claro topacio.

Está la senda y vía
de aquesta mi ciudad tan deseada,
toda de pedrería
y aljófares sembrada,
de espíritus divinos rodeada.

En ella no se halla
cosa que dé disgusto o en algo ofenda;
es gran placer miralla
y soltar bien la rienda
a la vista que allí toda se extienda.

El frío del invierno
nunca jamás en ella tuvo parte,
ni el calor sin gobierno;
mas está de tal arte,
que de allí primavera no se parte.

Cercada de mil flores
suaves, verdes, claras y olorosas,
lirios de mil labores,
azucenas y rosas,
prados cercados de aguas sonoras.

El sol, luna y estrellas
no hacen ya mudanza de su asiento;
es gran consuelo vellas
en aquel firmamento,
con toda perfección, valor y aumento.

Aquel manso cordero,
Jesús, nuestra esperanza, lumbre y vida,

es allí el candelero
y la antorcha encendida,
que alumbra aquella patria esclarecida.

No hay noche o tiempo alguno,
mas un claro lumbroso y fresco día;
porque allí cada uno
de aquella compañía
relumbra más que el sol de mediodía.

Allí los ciudadanos
después de haber triunfado de este mundo,
todos están ufanos
con semblante jocundo,
por verse libres ya del mal profundo.

Recuentan las contiendas
que con el enemigo aquí tuvieron;
gozan de las prebendas
que por ello les dieron,
alegres del trabajo que sufrieron.

Sin mácula ni ruga
están en aquel cielo cristalino;
sus lágrimas enjuga

el cordero divino,
y dales el jornal de su camino.

Está pacificada
su carne, y al espíritu rendida,
y espiritualizada,
al alto Dios unida
y en el divino amor muy encendida.

Gozan de paz eterna
sin ser jamás de nadie fatigados;
de gloria verdadera
están todos cercados,
y a su fuente y origen ayuntados.

Contemplan con gran gozo
la presencia de Dios que tanto amaron;
bebiendo están del pozo
que tanto desearon,
por cuya agua tan grande sed pasaron.

CANCIONES DEL ALMA QUE SE DUELE
DE NO PODER AMAR A DIOS TANTO
COMO DESEA

Si de mi baja suerte
las llamas del amor tan fuertes fuesen
que absorbiesen la muerte,
y tanto más creciesen
que las aguas del mar también ardiesen.

Y si de ahí pasasen
tanto que las tres máquinas hinchasen;
y así las abrasasen,
que en sí las convirtiesen,
y todas ellas llamas de amor fuesen.

No pienso que podría,
según la viva sed de amor que siento,
amar como querría;
ni las llamas que cuento,
satisfacer mi sed por un momento.

Porque ellas, comparadas
con aquel fuego eterno sin segundo,
no son más abultadas

que un átomo en el mundo
o que una sola gota en el profundo.

Mi corazón de cieno,
que no sufre calor ni permanece
más que la flor del heno,
que luego que florece
el aire la marchita y desfallece;

como jamás podría
arder tanto que suban sus vislumbres,
según él lo quería,
hasta las altas cumbres
de aquel eterno Padre de las lumbres.

¡Oh misero partido
donde el amor tan cortos vuelos cria,
qué vuelo tan subido
no sólo no hacía
como aquel sumo amor lo merecía!

Mas antes en aquellas
fuerzas de su volar tan limitadas,
está tan falto de ellas
las plumas abajadas,
que apenas alza vuelos de asomadas.

¡Oh, si mi bajo vuelo
tal fuese que mis llamas levantase
siquiera hasta el cielo
y allí las presentase
delante de mi Dios y las mirase!

Que de su eterno fuego
con impetus ardientes embestidas,
serian absortas luego,
absortas y embebidas
y ya en eterno fuego convertidas.

El cual en sí morando,
y en sí sus mismas llamas convirtiendo,
en su amor se abrasando,
las mías encendiendo
haría estar del mismo amor ardiendo.

Así se hartaría
la profunda codicia de mi pecho
porque allí se vería
absorto y ya deshecho,
con nudo bien estrecho y satisfecho.

COPLAS DEL ALMA QUE PENA POR VER A DIOS

Vivo sin vivir en mí,
y de tal manera espero,
que muero porque no muero.

En mí yo no vivo ya,
y sin Dios, vivir no puedo;
pues sin Él y sin mí quedo,
este vivir, ¿qué será?
mil muertes se me hará,
pues mi misma vida espero,
muriendo porque no muero.

Esta vida que yo vivo
es privación de vivir;
y así es continuo morir,
hasta que viva contigo;
oye, mi Dios, lo que digo,
que esta vida no la quiero;
que muero porque no muero.

Estando ausente de Ti,
¿qué vida puedo tener
sino muerte padecer,
la mayor que nunca ví?
Lástima tengo de mi,
pues de suerte persevero,
que muero porque no muero.

El pez que del agua sale,
aun de alivio no carece,
que en la muerte que padece,
al fin la muerte le vale;
¿qué muerte habrá que se iguale
a mi vivir lastimero,
pues si más vivo, más muero?

Cuando me pienso aliviar
de verte en el Sacramento,
háceme más sentimiento
el no te poder gozar;
todo es para más penar,
por no verte como quiero,
y muero porque no muero.

Y si me gozo, Señor,
con esperanza de verte,
en ver que puedo perderte
se me dobla mi dolor;
viviendo en tanto pavor,
y esperando como espero,
muérome porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida;
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte;
mira que peno por verte,
y mi mal es tan entero,
que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,
y lamentaré mi vida
en tanto que detenida
por mis pecados está.
¡Oh, mi Dios! ¿Cuándo será?
cuando yo diga de vero:
vivo ya porque no muero.

COPLAS SOBRE UN EXTASIS DE ALTA CONTEMPLACION

Entréme donde no supe,
y quedéme no sabiendo,
toda sciencia transcendiendo.

Yo no supe donde entraba,
porque, cuando allí me ví,
sin saber dónde me estaba,
grandes cosas entendi;
no diré lo que senti,
que me quedé no sabiendo,
toda sciencia transcendiendo.

De paz y de piedad
era la sciencia perfecta,
en profunda soledad,
entendida via recta;
era cosa tan secreta,
que me quedé balbuciendo,
toda sciencia transcendiendo.

Estaba tan embebido,
tan absorto y ajenado,
que se quedó mi sentido
de todo sentir privado;
y el espíritu dotado
de un entender no entendiendo,
toda ciencia trascendiendo.

Cuanto más alto se sube,
tanto menos entendía
qué es la tenebrosa nube
que a la noche esclarecía;
por eso quien la sabía
queda siempre no sabiendo
toda ciencia trascendiendo.

El que allí llega de vero,
de sí mismo desfallece;
cuanto sabía primero
mucho bajo le parece;
y su ciencia tanto crece,
que se queda no sabiendo
toda ciencia trascendiendo.

Este saber no sabiendo
es de tan alto poder,
que los sabios arguyendo
jamás le pueden vencer;
que no llega su saber
a no entender entendiendo
toda ciencia trascendiendo.

Y es de tan alta excelencia
aqueste sumo saber,
que no hay facultad ni ciencia
que le puedan entender;
quien se supiere vencer
con un no saber sabiendo
irá siempre trascendiendo.

Y si lo queréis oír,
consiste esta suma ciencia
en un subido sentir
de la divinal Esencia;
es obra de su clemencia
hacer quedar no entendiendo,
toda ciencia trascendiendo.

OTRAS AL MISMO INTENTO

Tras de un amoroso lance
y no de esperanza falto,
volé tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.

Para que yo alcance diese
a aqueste lance divino,
tanto volar me convino,
que de vista me perdiese;
y con todo, en este trance
en el vuelo quedé falto;
mas el amor fué tan alto,
que le di a la caza alcance.

Quando más alto subia,
deslumbróseme la vista,
y la más fuerte conquista
en obscuro se hacia;

mas por ser de amor el lance
di un ciego y obscuro salto,
y fui tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.

Cuando más cerca llegaba
de este lance tan subido,
tanto más bajo rendido
y abatido me hallaba;
dije: «No habrá quien lo alcance»;
y abatime tanto, tanto,
que fui tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.

Por una extraña manera
mil vuelos pasé de un vuelo.
porque esperanza de cielo
tanto alcanza cuanto espera:
esperé sólo este lance,
y en esperar no fui falto,
pues fui tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.

GLOSA A LO DIVINO

Sin arrimo y con arrimo,
sin luz y a obscuras viviendo,
todo me voy consumiendo,

Mi alma está desasida
de toda cosa criada,
y sobre sí levantada,
y en una sabrosa vida,
sólo en su Dios arrimada.

Por eso ya se dirá
la cosa que más estimo,
que mi alma se ve ya
sin arrimo y con arrimo.

Y aunque tinieblas padezco
en esta vida mortal,
no es tan crecido mi mal;
porque, si de luz carezco,
tengo vida celestial;

porque el amor de tal vida,
cuando más ciego va siendo,
que tiene el alma rendida;
sin luz y a obscuras viviendo.

Hace tal obra el amor,
después que le conocí,
que si hay bien o mal en mí,
todo lo hace de un sabor,
y al alma transforma en sí;
y así en su llama sabrosa,
la cual en mí estoy sintiendo,
aprieta, sin quedar cosa,
todo me voy consumiendo.

OTRA GLOSA A LO DIVINO

Por toda la hermosura,
nunca yo me perderé
sino por un no sé qué
que se alcanza por ventura.

Sabor de bien que es finito,
lo más que puede llegar,
es cansar el apetito
y estragar el paladar;
y así, por toda dulzura,
nunca yo me perderé,
sino por un no sé qué
que se halla por ventura.

El corazón generoso,
nunca cura de parar
donde se puede pasar,
sino en más dificultoso;

nada le causa hartura,
y sube tanto su fe,
que gusta de un no sé qué
que se halla por ventura.

El que de amor adolesce,
del Divino Ser tocado,
tiene el gusto tan trocado,
que a los gustos desfallece;
como el que con calentura
fastidia el manjar que ve,
y apetece un no sé qué
que se halla por ventura.

No os maravilléis de aquesto,
que el gusto se queda tal,
porque es la causa del mal,
ajena de todo el resto;
y así, de toda criatura,
enajenada se ve,
y gusta de un no sé qué
que se halla por ventura.

Que estando la voluntad
de Divinidad tocada,
no puede quedar pagada
sino con Divinidad;
mas, por ser tal su hermosura,
que sólo se ve por fe,
gústala en un no sé qué
que se halla por ventura.

Pues de tal enamorado,
decidme si habréis dolor,
pues que no tiene sabor
entre todo lo criado;
solo, sin forma y figura,
sin hallar arrimo y pie,
gustando allá un no sé qué
que se halla por ventura.

No penséis que el interior,
que es de mucha más valía,
halla gozo y alegría,
en lo que acá da sabor;

mas sobre toda hermosura,
y lo que es y será y fué,
gusta de allá un no sé qué
que se halla por ventura.

Más emplea su cuidado
quien se quiere aventajar,
en lo que está por ganar,
que en lo que tiene ganado,
y así, para más altura,
yo siempre me inclinaré,
sobre todo a un no sé qué
que se halla por ventura.

Por lo que por el sentido
puede acá comprenderse,
y todo lo que entenderse,
aunque sea muy subido,
ni por gracia y hermosura,
yo nunca me perderé,
sino por un no sé qué
que se halla por ventura.

CANTAR DEL ALMA QUE SE GOZA
DE CONOCER A DIOS POR FE

¡Qué bien sé yo la fuente que mana y corre,
aunque es de noche!

Aquella eterna fuente está escondida.
¡Qué bien sé yo do tiene su manida,
aunque es de noche!

En esta noche obscura de esta vida,
¡qué bien sé yo por fe la fuente frida,
aunque es de noche!

Su origen no lo sé, pues no le tiene;
mas sé que todo origen de ella viene,
aunque es de noche.

Sé que no puede ser cosa tan bella,
y que cielos y tierra beben de ella,
aunque es de noche.

Bien sé que suelo en ella no se halla,
y que ninguno puede vadealla,
aunque es de noche.

Su claridad nunca es obscurecida,
y sé que toda luz de ella es venida,
aunque es de noche.

Sé ser tan caudalosas sus corrientes,
que infiernos, cielos riegan, y las gentes,
aunque es de noche.

El corriente que nace de esta fuente,
bien sé que es tan capaz y omnipotente,
aunque es de noche.

El corriente que de estas dos procede
sé que ninguna de ellas le precede,
aunque es de noche.

Bien sé que tres en sola una agua viva,
residen, y una de otra se deriva,
aunque es de noche.

Aquesta eterna fuente está escondida,
en este vivo pan por darnos vida,
aunque es de noche.

Aquí se está llamando a las criaturas,
y de esta agua se hartan, aunque a obscuras,
porque es de noche.

Aquesta viva fuente, que deseo,
en este pan de vida yo la veo,
aunque es de noche.

CANCION DE CRISTO Y EL ALMA

Un pastoreico solo está penado,
ajeno de placer y de contento
y en su pastora puesto el pensamiento,
y el pecho del amor muy lastimado.

No llora por haberle amor llagado,
que no le pena verse así afligido,
aunque en el corazón está herido;
mas llora por pensar que está olvidado.

Que sólo de pensar que está olvidado
de su bella pastora, con gran pena
se deja maltratar en tierra ajena,
el pecho del amor muy lastimado.

Y dice el pastoreico: ¡Ay desdichado
de aquel que de mi amor ha hecho ausencia;
y no quiere gozar la mi presencia,
y el pecho por su amor muy lastimado!

Y a cabo de un gran rato se ha encumbrado
sobre un árbol do abrió sus brazos bellos,
y muerto se ha quedado, asido de ellos,
el pecho del amor muy lastimado.

ROMANCES

SOBRE EL EVANGELIO IN PRINCIPIO ERAT

VERBUM

En el principio moraba
el Verbo, y en Dios vivía,
en quien su felicidad
infinita poseía.

El mismo Verbo Dios era,
que el principio se decía;
El moraba en el principio,
y principio no tenía.

El era el mismo principio;
por eso de él carecía;
el Verbo se llama Hijo,
que del principio nacía.

Hale siempre concebido,
y siempre le concebía,
dale siempre su sustancia,
y siempre se la tenía.

Y así, la gloria del Hijo
es la que en el Padre había,
y toda su gloria el Padre
en el Hijo poseía.

Como amado en el amante
uno en otro residía,
y aquese amor que los une,
en lo mismo convenía.

Con el uno y con el otro
en igualdad y valía:
tres personas y un amado
entre todos tres había.

Y un amor en todas ellas
y un amante las hacía;
y el amante es el amado
en que cada cual vivía;

Que el ser que los tres poseen,
cada cual le poseía,
y cada cual de ellos ama
a la que este ser tenía.

Este ser es cada una,
y éste sólo las unía
en un inefable nudo
que decir no se sabía.

Por lo cual era infinito
el amor que las unía,
porque un solo amor tres tienen
que su esencia se decía;
que el amor, cuanto más uno,
tanto más amor hacía.

DE LA COMUNICACIÓN DE LAS TRES PERSONAS

En aquel amor inmenso
que de los dos procedía,
palabras de gran regalo
el Padre al Hijo decía.

De tan profundo deleite,
que nadie las entendía;
sólo el Hijo lo gozaba,
que es a quien pertenecía.

Pero aquello que se entiende,
de esta manera decía:
Nada me contenta, Hijo,
fuera de tu compañía.

Y si algo me contenta,
en Ti mismo lo quería;
el que a Ti más se parece,
a mi más satisfacía.

Y el que nada te semeja,
en mí nada hallaría;
en Ti sólo me he agradado,
¡oh vida de vida mía!

Eres lumbre de mi lumbre,
eres mi sabiduría,
figura de mi sustancia
en quien bien me complacia.

Al que a Ti te amare, Hijo,
a mí mismo le daría,
y el amor que yo en Ti tengo
ese mismo en él pondría,
en razón de haber amado
a quien yo tanto quería:

DE LA CREACIÓN

Una esposa que te ame,
mi hijo, darte quería,
que por tu valor merezca
tener nuestra compañía.

Y comer pan a una mesa,
del mismo que yo comía;
porque conozca los bienes
que en tal Hijo yo tenía,
y se congrese conmigo
de tu gracia y lozanía.

Mucho te agradezco, Padre,
el Hijo le respondía;
a la esposa que me dieres,
yo mi claridad daría,

para que por ella vea
cuánto mi Padre valía
y cómo el ser que poseo,
de su ser lo recibía.

Reclinarla he yo en mi brazo,
y en tu amor se abrasaría,
y con eterno deleite
tu bondad sublimaría.

PROSIGUE LA MISMA MATERIA

Hágase, pues, dijo el Padre,
que tu amor lo merecía;
y en este dicho que dijo,
el mundo criado había.

Palacio para la esposa,
hecho en gran sabiduría;
el cual, en dos aposentos,
alto y bajo, dividía.

El bajo de diferencias
infinitas componía;
mas el alto hermoseaba
de admirable pedrería.

Por que conozca la esposa
el Esposo que tenía,
en el alto colocaba
la angélica jerarquía;

pero la natura humana
en el bajo la ponía,
por ser en su compostura
algo de menor valía.

Y aunque el ser y los lugares
de esta suerte los partía,
pero todos son un cuerpo
de la esposa que decía;

que el amor de un mismo Esposo
una esposa los hacia;
los de arriba poseían
el Esposo en alegría;

los de abajo en esperanza
de fe que les infundía,
diciéndoles que algún tiempo
Él los engrandecería.

Y que aquella su bajeza
El se la levantaría,
de manera que ninguno
ya la vituperaría.

Porque en todo semejante
Él a ellos se haría,
y se vendría con ellos,
y con ellos moraría.

Y que Dios sería hombre,
y que el hombre Dios sería,
y trataría con ellos,
comería y bebería.

Y que con ellos continuo
Él mismo se quedaría,
hasta que se consumase
este siglo que corría.

Cuando se gozaran juntos
en eterna melodía,
porque Él era la cabeza.
de la esposa que tenía.

A la cuál todos los miembros
de los justos juntaría,
que son cuerpo de la esposa,
a la cuál Él tomaría

en sus brazos tiernamente,
y allí su amor la daría,
y que así juntos en uno
al Padre la llevaría.

Donde de el mismo deleite
que Dios goza, gozaría,
que, como el Padre y el Hijo,
y el que de ellos procedía

el uno vive en el otro,
así la esposa sería,
que, dentro de Dios absorta,
vida de Dios viviría.

DE LA ENCARNACIÓN

Ya que el tiempo era llegado
en que hacerse convenia
el rescate de la esposa
que en duro yugo servía,

debajo de aquella ley
que Moisés dado le había,
el Padre con amor tierno
de esta manera decía:

Ya ves, Hijo, que a tu esposa
a tu imagen hecho había,
y en lo que a Ti se parece,
contigo bien convenia.

Pero difiere en la carne,
que en tu simple ser no había,
en los amores perfectos
esta ley se requería.

Que se haga semejante
el amante a quien quería,
que la mayor semejanza
más deleite contenía.

El cual, sin duda, en tu esposa
grandemente crecería
si te viese semejante
en la carne que tenía.

Mi voluntad es la tuya,
el Hijo le respondía,
y la gloria que yo tengo,
es tu voluntad ser mía.

Y a mí me conviene, Padre,
lo que tu alteza decía,
porque por esta manera
tu bondad más se vería.

Veráse tu gran potencia,
justicia y sabiduría,
irélo a decir al mundo,
y noticia le daría
de tu belleza y dulzura
y de tu soberanía.

Iré a buscar a mi esposa,
y sobre mí tomaría
sus fatigas y trabajos
en que tanto padecía

Y pórque ella vida tenga,
yo por ella moriría,
y sacándola del lago,
a Ti te la volvería.

PROSIGUE LA MISMA MATERIA

Entonces llamó a un arcángel,
que San Gabriel se decía,
y enviólo a una doncella
que se llamaba María;

de cuyo consentimiento
el misterio se hacía,
en la cual la Trinidad
de carne al Verbo vestía.

Y aunque tres hacen la obra,
en el uno se hacía,
y quedó el Verbo encarnado
en el vientre de María.

Y el que tiene sólo Padre,
ya también Madre tenía,
aunque no como cualquiera
que de varón concebía.

Que de las entrañas de ella
Él su carne recibía,
por lo cual Hijo de Dios
y del hombre se decía.

DEL NACIMIENTO

Ya que era llegado el tiempo
en que de nacer había,
así como desposado,
de su tálamo salía,

abrazado con su esposa,
que en sus brazos la traía;
al cual la agraciada Madre
en un pesebre ponía,

entre unos animales
que a la sazón allí había;
los hombres decían cantares,
los ángeles melodía,

festejando el desposorio
que entre tales dos había;
pero Dios en el pesebre
allí lloraba y gemía.

Que eran joyas que la esposa
al desposorio traía,
y la madre estaba en pasmo
de que tal trueque veía;

el llanto del hombre en Dios,
y en el hombre el alegría,
lo cual del uno y del otro
tan ajeno ser solía.

BIBLIOTECA ALMA

DIRECTOR:

ALBERTO DE SEGOVIA

APARTADO 8039 - MADRID

Volumen I. — *Poetas escogidas de Góngora.*
— II. — *Glosario ltrico de Job, por Julio de Ugarte.*

EN PRENSA:

Guía espiritual de Madrid, por Francisco Lucientes.

El Museo Romántico, por Alberto de Segovia.

Poetas escogidas de Larra.

Guía espiritual de Toledo, por Andrés Ovejero.

EDITORIAL ESTUDIO - MARQUÉS DE TORRELAGUNA, 20
CIUDAD LINEAL - MADRID



Precio: 1 peseta.

SAN JUAN DE LA CRUZ



ENCUADERNACIONES
S. SEGUNDO. 35-AVILA
NICOLÁS

96-7-3457

